

¿POR QUÉ SE HA DESPOBLADO LA MONTAÑA?



FERNANDO COLLANTES

Collantes, F. (2025) ¿Por qué se ha despoblado la montaña? En F. Collantes, V., Piniella, L. A. Sáez (editores), *Despoblación y desarrollo rural. 25 años de investigación desde el CEDDAR* (pp. 87-129). Publicaciones de Rolde de Estudios Aragoneses / Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.

https://www.roldedeestudiosaragoneses.org/wp-content/uploads/Libro-CEDDAR-25-anos_04_Collantes_87-129.pdf

Publicación original:

Capítulo 5 de Collantes, F. (2004): *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000): ¿un drama rural?* Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

https://www.mapa.gob.es/ministerio/pags/biblioteca/fondo/pdf/55130_all.pdf

*Cuando en 1999 mi director de tesis, Rafa Domínguez, me planteó las directrices que seguiría mi estudio sobre la despoblación de las zonas de montaña en España, yo no era demasiado consciente de lo innovador del enfoque. Rafa, que venía de haber escrito años atrás un texto sobre la despoblación de la montaña cantábrica, me dijo: «La literatura está llena de estudios que son 'Todo lo que usted siempre quiso saber sobre mi pueblo y no se atrevió a preguntar', pero tú no vas a hacer eso: tú vas a comparar distintos casos entre sí para averiguar qué es lo que marca la diferencia entre las zonas que se despueblan y las que resisten». Durante los años siguientes me sumergí en un estudio de 84 comarcas montañosas repartidas por todo el país. Traté de construir una base de datos lo más profunda posible, algo que resultaba un desafío tremendo tratándose de un estudio a escala comarcal, y me apoyé en la lectura de una multitud de estudios locales de diversas disciplinas para intentar comprender lo que había detrás de esos datos. El resultado sería mi tesis doctoral, defendida en la Universidad de Cantabria en 2003, y la base de mi primer libro, *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000): ¿un drama rural?*, publicado por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación en 2004. A continuación, se reimprime el capítulo 5 de este último, que ofrece una síntesis de lo que aprendí por el camino. En esta reimpresión, he dejado fuera unas pocas páginas que esbozaban una perspectiva comparativa internacional, porque más adelante en este libro puede encontrarse un desarrollo más completo de este tema. Echando la vista atrás, me siento afortunado de que Rafa me moviera a adoptar un enfoque comparativo y de que su comprensión de lo*

que ello entrañaba tomara los patrones y las regularidades no como fines en sí mismos, sino como medios para reconstruir la historia de los casos objeto de estudio. Creo que, todavía hoy en día, la adopción de una buena perspectiva comparada, basada en datos estadísticos y en el rico material cualitativo que nos proporcionan los estudios de caso locales, continúa siendo uno de los principales retos en los estudios sobre la despoblación y el desarrollo de las áreas rurales.

En la década de 1970, los historiadores económicos Josep Fontana y Jordi Nadal señalaban que «la liberación, en cantidades masivas, de mano de obra campesina es el rasgo sobresaliente de la sociedad española contemporánea». En fechas similares, el sociólogo Daniel Bell apuntaba que «el cambio social más importante de la sociedad occidental de los últimos cien años ha sido no solo la difusión del trabajo industrial, sino también la desaparición simultánea del campesinado». Y, en opinión de los economistas Samuel Bowles y Richard Edwards, el gran cambio introducido no ya en el último siglo, sino en los últimos dos o tres, ha sido la expansión del trabajo asalariado. En cualquiera de los tres casos, lo ocurrido en las economías de montaña parece encontrarse en el centro de transformaciones históricas de gran transcendencia. En mi opinión, debemos entrar en la dinámica de tales transformaciones para encontrar las causas de la despoblación.¹

1. LOS DETERMINANTES DE LA DESPOBLACIÓN

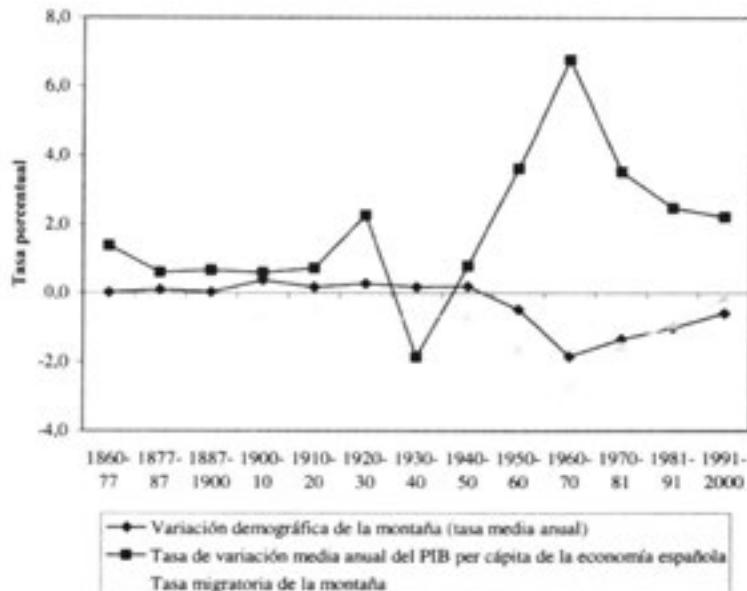
La cronología de las salidas migratorias y la despoblación de la montaña se encuentra sincronizada con la cronología del crecimiento de la economía española (gráfico 1). las tres grandes fases de evolución demográfica de la montaña se corresponden con las tres grandes fases de evolución macroeconómica del país.² Una primera fase se extendió desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Durante este siglo, la economía española avanzó en su proceso de industrialización, pero lo hizo de manera pausada con respecto a la pauta de la Europa noroccidental. Paralelamente, la población residente en pueblos de montaña experimentó un leve crecimiento en términos absolutos; la despoblación

1. Fontana y Nadal (1976: 152), Bell (1973: 148), Bowles y Edwards (1985: 75).

2. Sigo la periodización propuesta por Prados de la Escosura (2003).

solo afectó a un pequeño número de comarcas y, en términos agregados, el declive demográfico de la montaña solo fue relativo. Las economías campesinas de montaña se adaptaron al cambio económico o, cuando menos, evitaron la descomposición.

GRÁFICO 1. EL CRECIMIENTO DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA
Y LA DESPOBLACIÓN DE LAS ZONAS DE MONTAÑA



Nota: se han tomado los datos de PIB per cápita de Carreras y Tafunell (2004: 474-481).

Entre 1950 y 1975 se vivió una segunda fase. Conforme se abandonaba la férrea autarquía del primer franquismo, la economía española iba ganando capacidad para contagiar de la gran dinamismo registrado en el resto de la economía occidental tras el final de la Segunda Guerra Mundial. También para la economía española se trató de una auténtica

«edad dorada», con tasas de crecimiento sin precedentes (y superiores a la media europea) y la culminación de los cambios estructurales asociados a la industrialización. Para las zonas de montaña, la edad dorada de la economía española fue el periodo más crítico desde el punto de vista demográfico: las salidas migratorias se aceleraron y la despoblación se generalizó. La economía campesina se vino abajo.

Las tres últimas décadas componen la tercera (y, por ahora, última) fase. El crecimiento de la economía española se ha ralentizado desde la década de 1970, replicando así la pauta europea. Paralelamente, también se han desacelerado las salidas migratorias y, a pesar de que el crecimiento vegetativo se ha tornado negativo desde la década de 1980, la propia despoblación también ha ido perdiendo intensidad. La coyuntura macroeconómica ha influido sobre la trayectoria demográfica de la montaña, pero ha sido menos determinante que en las dos fases previas. La desaceleración de la despoblación no solo ha venido inducida por esa coyuntura: también han pesado los efectos de la emigración del periodo anterior sobre la estructura por edades de la montaña (que ha mostrado una clara tendencia hacia el envejecimiento) y, así, sobre la propensión migratoria media. En cualquier caso, parece claro que, en un contexto macroeconómico diferente (por ejemplo, sin las elevadas tasas de paro que se han incrustado en nuestra estructura económica), la despoblación habría sido más intensa, sobre todo en varias zonas cuya reserva demográfica se encontraba lejos del agotamiento biológico.

Es probable que esta tercera fase, a diferencia de la que la precedió, abarque un arco temporal largo. El periodo 1950-75 podría en ese caso quedar retratado como un momento históricamente breve de ruptura evolutiva, durante el cual la economía campesina de montaña (incluyendo sus correlatos institucionales y demográficos) desapareció como tal. A lo largo de las tres últimas décadas, y mientras la despoblación iba ralentizándose, se consolidaba un nuevo tipo de economía de montaña, algunos de cuyos elementos venían asentándose en varias comarcas ya

desde el arranque de la industrialización. Esta nueva economía era más diversificada, tanto sectorial como socialmente. La agricultura y la familia eran paulatinamente sustituidas por otro tipo de actividades (de los sectores secundario y terciario) y por el mercado laboral como escenarios de las estrategias económicas más comunes. Además, este nuevo tipo de economía también difería del tipo campesino en su entorno: no solo habían desaparecido las sociedades campesinas, sino también ese país en proceso de industrialización del que estas habían formado parte. España se había convertido ya en un país industrializado que comenzaba a registrar algunas dinámicas y tensiones post-industriales. Se abría así un nuevo capítulo en la historia económica y demográfica de sus zonas de montaña. Se heredaban numerosas inercias de capítulos previos (las más pesadas, quizás, el envejecimiento y el signo negativo del saldo vegetativo), pero nuevas dinámicas comenzaban a guiar los acontecimientos. Todavía es posible sin embargo introducir estas dinámicas dentro de una explicación general sobre la segunda mitad del siglo XX, el periodo de la despoblación. Pero, antes de ello, la fase 1850-1950 encierra algunas claves explicativas del posterior derrumbe demográfico.

2. ¿POR QUÉ IMPORTA EL PERÍODO PREVIO A 1950?

La despoblación de la montaña y el derrumbe de su economía campesina solo se generalizaron e intensificaron después de 1950. Durante el siglo previo, la industrialización desató diferentes tensiones en las esferas productiva y demográfica, pero estas no llegaron a ser suficientemente intensas para provocar una despoblación generalizada.³ La economía española creció lentamente y, por tanto, expandió lentamente las oportu-

3. Esto encaja con Silvestre (2004), Prados de la Escosura (1988: 31-32, 62-63, 101, 134, 138), Á. García Sanz (1985: 38) y Gallego (2001: 197-198).

tunidades de empleo fuera de la agricultura o, de manera más precisa, las oportunidades estables de empleo que podían incentivar la emigración definitiva.⁴ Las condiciones sanitarias de las ciudades aún no eran las mejores, y la mortalidad de las zonas de montaña era, en términos agregados, inferior a la media nacional. En este contexto, las economías campesinas de montaña tendieron a mantener su pulso demográfico. Es cierto que aproximadamente tres cuartas partes de su crecimiento vegetativo se canalizaba de modo sistemático hacia las ciudades como emigración definitiva, pero la mayor parte de comarcas ganó población entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX.

Algunas comarcas perdieron población durante esta fase, como vimos en el capítulo 1. Dos grandes rasgos las caracterizaban: en primer lugar, la crisis de inserción de sus economías campesinas en la nueva división del trabajo asociada a la industrialización; y, segundo, la ausencia de grandes obstáculos pecuniarios o informativos en el diseño de la estrategia migratoria. Las economías campesinas se vieron en la tesitura de adaptar o redefinir su modelo preindustrial a los nuevos condicionantes tecnológicos e institucionales que marcaban el tiempo del mundo. No todas lo consiguieron, como sabemos. Así, el hundimiento de la trashumancia ovina y la manufactura dispersa favorecieron el precoz inicio de la despoblación en diversas comarcas del Sistema Ibérico y el Pirineo. En cambio, las comarcas que lograron, en conexión con las demandas crecientes de un país en proceso de industrialización, consolidar una base exportadora agraria (en función de su dotación natural) mostraron tendencias demográficas más saneadas.

4. Hay que tener en cuenta que las oportunidades fluctuantes podían ser aprovechadas mediante la simple emigración temporal. Como señalan Carmona y Simpson (2003: 85), «debido a la existencia de grandes fluctuaciones en la demanda, una gran cantidad de mano de obra fluía en ambas direcciones entre los mercados de trabajo rurales y urbanos» durante esta fase. Como sabemos, estas migraciones temporales reforzaban, en lugar de debilitar, a las economías campesinas.

Pero esto no era todo. La propensión migratoria de las poblaciones de montaña se veía matizada por los costes del movimiento. Una primera variable que influía en este sentido era la distancia a los lugares de destino, los focos motrices de la industrialización española.⁵ De igual modo que la trayectoria demográfica de la montaña (en su conjunto) estaba vinculada al ritmo de crecimiento de la economía española (en términos agregados), la trayectoria de las comarcas concretas también dependía del ritmo de crecimiento de sus correspondientes economías regionales. La pertenencia a regiones o macrorregiones punteras suponía una mayor sensibilidad ante efectos de difusión que incentivarían un aumento en la especialización de las explotaciones campesinas o que indujeran una tendencia hacia la diversificación sectorial. Pero también suponía una mayor sensibilidad ante la fuerza de atracción demográfica emanada desde los polos de crecimiento. El Pirineo y el Sistema Ibérico, enclavados en el cuadrante noroccidental del país, experimentaron con mayor intensidad este efecto de polarización en la esfera demográfica que, por ejemplo, una montaña Sur localizada en una posición geográfica periférica.

Además del coste de desplazamiento, otro de los cauces a través de los cuales la posición geográfica desplegaba su influencia sobre la propensión migratoria residía en el aspecto informativo, tanto de manera directa como de manera indirecta a través de las rutas campesinas de migración temporal. Pero la información y su asimilación también dependían del grado de alfabetización de la población.⁶ En el norte del Sistema Ibérico, la precoz difusión de la alfabetización ayudó a la población a diseñar su respuesta migratoria ante el deterioro del modelo económico. En la montaña Sur, en cambio, el masivo analfabetismo dificultaba la construcción

5. El papel clave de la distancia en la geografía migratoria de este periodo ha sido subrayado para el caso español por Silvestre (2001); véanse también para otros países Baines (2003: 116), Long y Ferrie (2003: 248), Pollard (1981: 186) y Schwartz (1973). Una completa descripción de dicha geografía puede encontrarse en Mikelarena (1993).

6. Véase, por ejemplo, Sánchez Alonso (1995: 229).

de la decisión migratoria y reforzaba el efecto de la distancia; paradójicamente, una debilidad de la sociedad campesina favorecía sus resultados demográficos. El diferencial sexual con que se abrió paso la alfabetización en todos los casos también pudo generar efectos inhibidores sobre la propensión migratoria de la mujer, que estaba llamada a convertirse en gran protagonista del posterior éxodo rural.⁷

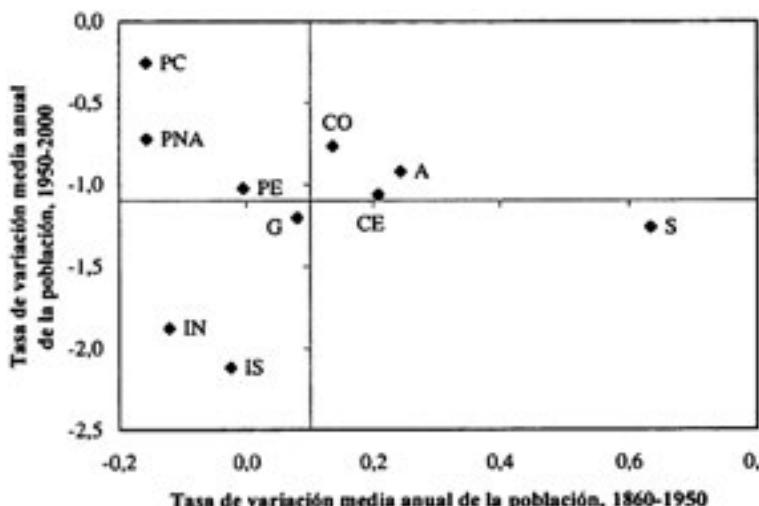
Así pues, durante el siglo previo a 1950 la trayectoria demográfica de las comarcas montañosas dependió de la capacidad de las economías campesinas para sostener una base exportadora sólida en el contexto de la industrialización y de factores reguladores de la propensión migratoria efectiva como la distancia a los focos motrices de dicha industrialización o el analfabetismo.⁸ Pero el legado decisivo de este periodo no sería su trayectoria demográfica. De hecho, la trayectoria posterior a 1950 no mostró gran continuidad con respecto a la trayectoria previa (gráfico 2). Es cierto que el Sistema Ibérico comenzó a despoblararse antes de 1950 y siguió haciéndolo posteriormente en magnitudes extremas. Pero el Pirineo, que también llegó a 1950 con una población diezmada, ha sido la zona menos afectada por la crisis demográfica de las últimas décadas. Y la montaña Sur (en particular, las sierras subbéticas) ha registrado una despoblación considerable sin perjuicio de que su trayectoria demográfica antes de 1950 fuera muy expansiva.⁹

7. La conexión entre nivel educativo y propensión migratoria, ya propuesta por Cipolla (1969: 128) y Sandberg (1982: 69), ha sido sostenida para el caso de las regiones españolas por Núñez (1992: 190-191; 2001); véanse también Domínguez (2002: 140-141) y Naredo (1996: 201). El pormenorizado estudio de Valls (2004) sobre una comarca pirenaica (Bergadá –Barcelona–) apunta en la misma dirección.

8. Erdozain y Mikelarena (1996: 108-110) son más partidarios de atribuir el éxodo rural durante este periodo (o, más concretamente, durante la segunda mitad del siglo XIX) a la crisis de las actividades complementarias. Sin embargo, en mi opinión (y sin perjuicio de lo ya señalado sobre la alfabetización o la posición geográfica), la clave se encontraba más bien en la mayor o menor capacidad de las economías campesinas para profundizar su especialización y sostener su base exportadora. En caso de éxito, las actividades complementarias podían ser abandonadas (incluso sin haber entrado en crisis) en favor de los beneficios smithianos de la especialización. Sin embargo, en caso de fracaso, la crisis de estas actividades sí podía desencadenar el efecto propuesto por estos autores.

9. La correlación de rangos entre evolución demográfica antes y después de 1950 no pasa de 0,22.

GRÁFICO 2. LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA ANTES Y DESPUÉS DE 1950



Nota: G: montaña galaico-castellana; A: montaña astur-leonesa; CO: montaña cantábrica oriental; PNA: Pirineo navarro-aragonés; PC: Pirineo catalán; IN: Sistema Ibérico norte; IS: Sistema Ibérico sur; CE: Sistema Central; S: montaña subbética; PE: sierras penibéticas.

El legado decisivo de este periodo no estaba en la esfera demográfica, sino en la productiva. Ya desde mediados del siglo XIX, la industrialización del país estaba abriendo nuevas posibilidades para la diversificación sectorial de la economía de montaña. La dotación natural de las comarcas y el dinamismo propagador de su ambiente regional determinaron el grado de aparición de elementos no campesinos en sectores como la minería del carbón, la actividad industrial o, más adelante, el turismo. La consolidación de estos elementos no campesinos no garantizó, en un primer momento, la expansión demográfica de las comarcas afectadas. En las cuencas mineras de la montaña Norte, y sobre todo en la comarca asturiana de Mieres (donde también había una implantación industrial destacada), se crearon numerosos empleos asalariados que permitieron

formar nuevas familias con independencia de las restricciones campesinas e hicieron posible un importante aumento poblacional (sin perjuicio de que, en algunos casos, también contribuyeran a facilitar la reproducción económica de las propias familias campesinas). En Bergadá (Barcelona), por el contrario, la conformación de un cierto tejido manufacturero no pudo evitar la despoblación campesina durante la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, tanto en un caso como en otro, estaban acumulándose en la estructura productiva elementos diversificados que, llegado el nuevo escenario a partir de 1950, servirían para mitigar la crisis demográfica. En la montaña Sur, en cambio, el periodo previo a 1950 pudo saldarse con un resultado demográfico muy favorable, pero fue un periodo perdido de cara a la paulatina diversificación de la economía. En esas condiciones, la crisis demográfica era tan solo una cuestión de tiempo, en las sierras meridionales como en la mayor parte de la montaña española.

3. LA CRISIS DEMOGRÁFICA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Durante la segunda mitad del siglo XX culminó el desarrollo económico de España y se produjo una gran expansión de las oportunidades urbanas en los planos laboral, social y vital. Quedaron así al descubierto las dos principales carencias de las economías de montaña: el escaso grado de diversificación económica y la penalización rural que sufrían sus habitantes en el acceso a diversos equipamientos, servicios e infraestructuras. A mediados del siglo XX, se había abierto una brecha muy grande entre la España más dinámica, que, aun con ritmo pausado en el contexto europeo, había ido diversificando su economía en las décadas previas, y unas comarcas de montaña que mantenían no menos del 75 % de su población ocupada en el sector agrario. La renta per cápita de la montaña era, en consecuencia, muy inferior a la media nacional. Pero, además, conforme

nuevas necesidades iban incorporándose al estándar socialmente aceptado, la penalización rural se intensificaba, degradando el bienestar cotidiano relativo y la posición social de los habitantes de la montaña.

Ante esta degradación, dos eran, utilizando los conceptos de Albert Hirschman, las respuestas posibles: la «voz», o búsqueda de remedios políticos al deterioro, y la «salida», o abandono de la comarca montañosa en busca de mayores cotas de bienestar en otros lugares. Las propias características y complejidad del problema dificultaban notablemente la simple definición de la voz (no hablemos ya de su hipotética eficacia) e incentivaban en mayor medida la utilización de la salida como mecanismo de respuesta.¹⁰ Lógicamente, esta respuesta fue particularmente intensa en aquellas zonas más representativas de los problemas genéricos de la montaña: la escasa diversificación económica (gráfico 3) y la penalización rural (gráfico 4). En cambio, aquellas comarcas capaces de consolidar una orientación no agraria y mitigar el déficit de bienestar resistieron mejor el periodo de crisis (el Pirineo aporta los mejores ejemplos).¹¹

10. En línea con Hirschman (1970a: 42-45).

11. Este resultado parece aplicable al conjunto de las áreas rurales del país; B. García Sanz (1997: 72). Ya Kautsky (1899: 323) se había posicionado en esta línea; véase también Pérez Díaz (1971: 163). La correlación de rangos entre variación demográfica durante el periodo 1950-2000 y porcentaje de ocupados agrarios en torno a 1960 asciende a -0,59. Si cruzamos la variación demográfica entre 1950 y 2000 con un índice sintético de penalización rural alrededor de 1960 (que incorpora la densidad viaria en 1957, la dotación de servicios educativos, sanitarios, comerciales y financieros en 1963, el porcentaje de edificios con abastecimiento de agua corriente y evacuación de aguas residuales en 1980 y los teléfonos por habitante en 1963), la correlación de rangos es de -0,57. En esta línea comparativa, quizás sería conveniente matizar (más que contradecir) la pesimista valoración que Herranz (2002: 223) hace de los efectos que la construcción de carreteras entrañó para el Pirineo.

GRÁFICO 3. DIVERSIFICACIÓN ECONÓMICA
Y DESPOBLACIÓN DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

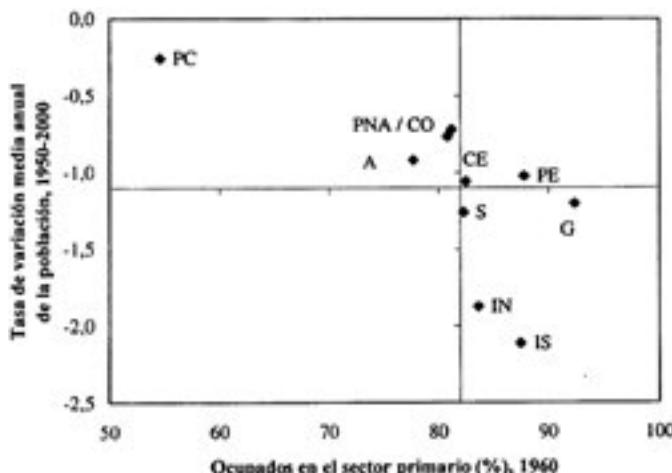
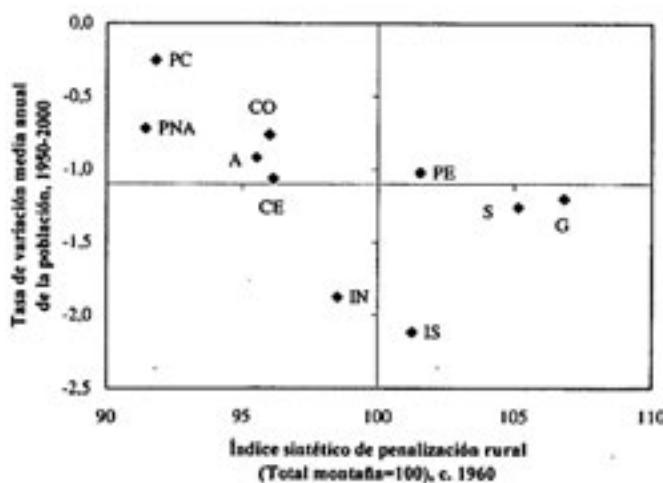
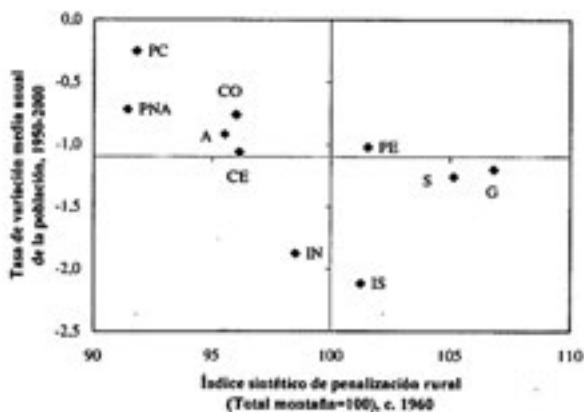


GRÁFICO 4. PENALIZACIÓN RURAL EN EL BIENESTAR
Y DESPOBLACIÓN EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX



Se trataba, en la medida de lo posible, de ofrecer en la montaña los atractivos típicamente urbanos. Las comarcas que lo consiguieron vieron aumentado su grado de urbanización (aproximado a través del número de viviendas por edificio), en parte como consecuencia de la concentración de su población en los fondos de valle y las cabeceras comarcas. Allí donde, por el contrario, las formas rurales persistieron en su versión más pura, la crisis demográfica fue muy aguda (gráfico 5).¹² Por añadidura, dada la jerarquización que, en clave de género, atravesaba el desarrollo de esta vida rural, la vertiente demográfica de su crisis tuvo en todas partes un componente femenino particularmente acentuado.¹³

GRÁFICO 5. URBANIZACIÓN DEL MEDIO RURAL
Y DESPOBLACIÓN DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX



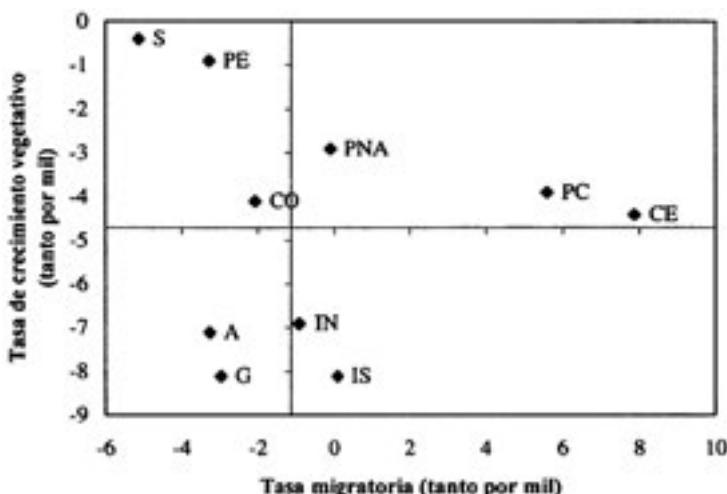
12. Como en cierta forma ya había anticipado, a nivel general, Pérez Díaz (1971: 97-100, 106). La correlación de rangos entre variación demográfica durante el periodo 1950-2000 y número de viviendas por edificio residencial en 1970 (el primer corte temporal para el que puede reconstruirse esta variable) es igual a 0,60.
13. Véanse Sarasúa (2000: 93), Sampedro (1999: 19), B. García Sanz (1999: 104-105), Comas (1995: 150) y Camarero (1993: 369-375); también García Bartolomé (1997: 755-756). Esta respuesta diferencial femenina puede encuadrarse dentro de las vastas transformaciones experimentadas por el papel de la mujer en la sociedad española; un análisis de estas transformaciones desde la perspectiva de la familia, en Reher (1996: 361-369).

La causa central de la crisis residía, por tanto, en el corazón mismo de la economía campesina y la vida rural, que ahora, y retomando la perspectiva de Veblen, se revelaban incapaces de sobrevivir en la lucha evolucionista por la existencia económica. La crisis podía ser mitigada (o, en casos excepcionales, evitada) si la economía campesina se transformaba de manera genuina en una economía más diversificada y si la vida rural dejaba de imponer grandes penalizaciones sobre el bienestar cotidiano, condición cuyo cumplimiento requirió por lo general la paulatina urbanización del hábitat. La economía campesina y la vida rural tradicional no podían, pues, persistir: o se transformaban genuinamente (única forma de evitar la despoblación) o la propia despoblación acababa con ellas (induciendo transformaciones por defecto). En cualquiera de los dos casos, una etapa terminaba y otra comenzaba dentro de la «secuencia acumulativa de instituciones económicas».¹⁴

Lo periférico ganó nuevas funcionalidades cuando culminaron los cambios estructurales asociados a la industrialización y surgieron pautas residenciales de tipo post-industrial. Algunas comarcas, pero no todas, se encontraron en buena posición para aprovechar este efecto de difusión. El gráfico 6 muestra cómo, a lo largo de la década de 1990, el Pirineo catalán y el Sistema Central vencieron las inercias retroalimentadas de la despoblación (manifestadas en el signo negativo del saldo natural) y, sobre la base de saldos migratorios positivos, volvieron a ganar tamaño demográfico. Numerosas partes de la montaña española han quedado sin embargo fuera de estas nuevas tensiones, al menos por el momento.

14. Veblen (1898: 413).

GRÁFICO 6. SALDOS MIGRATORIOS
Y SALDOS VEGETATIVOS EN LA DÉCADA DE 1990



En suma, la despoblación fue una respuesta de los habitantes de la montaña ante el deterioro de su bienestar relativo y la expansión de las oportunidades vitales en las principales ciudades del país. Tan solo la diversificación de la economía, la mitigación de la penalización rural y la participación en pautas de residencialidad post-industrial pudieron evitar el declive demográfico, o al menos sus versiones más extremas.¹⁵

15. Sin perjuicio de que la distancia siguiera mostrando en este periodo cierta influencia sobre la propensión migratoria; véanse, para el medio rural, Naredo (1996: 201) y, para los movimientos migratorios en general, Santillana (1981: 394-395, 398-407) y Ródenas (1994: 16-23).

4. ¿QUÉ PAPEL PARA EL ELEMENTO POLÍTICO?

Desde el momento en el que, como sostenía Karl Polanyi, «no es posible ninguna economía de mercado separada de la esfera política», la distinción entre los determinantes económicos y los determinantes políticos de cualquier fenómeno social, en este caso la despoblación, no siempre es tan eficaz desde el punto de vista analítico como a primera vista podría parecer.¹⁶ Una divisoria más útil, al menos inicialmente, podría trazarse entre los desenlaces que forman parte de la fisiología del sistema económico y aquellos que constituyen patologías del mismo. Esta divisoria no se traza de acuerdo con criterios normativos: así, por ejemplo, Schumpeter consideraba que los ciclos económicos formaban parte de la fisiología del capitalismo, y no de su patología, sin que con ello implicara que las recesiones dejaran de ser un fenómeno poco deseable.¹⁷ Pero la patología solo haría acto de presencia cuando el funcionamiento del sistema dejara de seguir sus dinámicas esenciales y se volviera anómalo.

En el caso de la despoblación de la montaña, la interpretación fisiológica pondría el énfasis en las brechas de bienestar abiertas por la evolución macroeconómica general (como se ha hecho en el apartado anterior). La interpretación patológica, en cambio, haría especial hincapié en decisiones políticas específicas que habrían debilitado a las comunidades rurales hasta el punto de forzarlas, de manera más o menos directa, a la despoblación. De acuerdo con la visión patológica, el elemento político aparece, pues, en primera fila. En esta línea, la privatización de los montes comunales y la construcción de embalses pueden ser las dos principales candidatas al papel de desencadenantes de la crisis de las economías de

16. Polanyi (1944: 199).

17. Schumpeter (1939). Una breve, pero más general, aplicación de la distinción entre patología y fisiología, también en Schumpeter (1946: 255).

montaña.¹⁸ Para la privatización de los comunales, la imagen de referencia sería la descripción que Marx hace de la acumulación originaria en Inglaterra, la expropiación de las comunidades campesinas, su separación de los medios de producción y, en definitiva, la expulsión de los campesinos hacia unas ciudades en las que se convertirían en proletarios forzados.¹⁹ La dislocación social causada por esta transformación fue magistralmente narrada por Polanyi más adelante.²⁰ Algo parecido podría imaginarse en el caso de la construcción de embalses. No pretendo legitimar los abusos e injusticias que, en ambos casos, llegaron a cometerse sobre (determinados segmentos de) la población rural. Sin embargo, tampoco creo que la clave de la crisis demográfica se encuentre aquí.

La desamortización no revolucionó las estructurales rurales del país del modo que Marx y Polanyi describieron para Inglaterra. Los campesinos no fueron masivamente apartados de sus vínculos con la tierra y expulsados hacia las ciudades, dado que la ejecución del proyecto privatizador se adaptó al contexto ecológico, productivo y social de las distintas regiones.²¹ Y ya vimos que, en las comarcas de montaña, este contexto era por lo general poco favorable a la privatización y, en consecuencia, la mayor parte de las superficies públicas permanecieron como tales. Los episodios de privatización que, de todos modos, tuvieron lugar pudieron perjudicar a los grupos rurales más desfavorecidos, que encontraban en el comunal un complemento material para su reproducción económica. La montaña Sur pudo ser el principal escenario de este tipo de efecto,

-
18. Una versión extrema de este argumento puede encontrarse en Gaviria (1979; 1981). También Cuesta (2001: 389-397) es partidario de cargar las tintas contra la intromisión estatal. El peso de las políticas franquistas en la declinante evolución del campesinado español es subrayado igualmente por Sevilla-Guzmán (1979: 206-213, 239-240).
19. Marx (1872: 891-954). Weber (1923: 150, 260-261) y Sombart (1927, I: 353-360) se ciñen a patrones explicativos similares.
20. Polanyi (1944: 45, 161) incide en las conexiones entre estos acontecimientos y la emigración rural.
21. Grupo de Estudios de Historia Rural (1994); también Simpson (1997: 33) y Naredo (1996: 111).

en la medida en que la privatización afectó allí a una mayor proporción del monte público (no superior, en cualquier caso, al 40 %) y, además, el nivel de vida campesino era particularmente precario. Sin embargo, la inserción agrícola de la montaña Sur se vio profundizada, se crearon muchas familias nuevas y la población creció a un ritmo destacado. Ni siquiera aquí parece sostenible la conexión entre privatización del comunal y crisis demográfica. La crisis había comenzado a desatarse en varios puntos del Pirineo y el Sistema Ibérico, y en ellos la privatización no había ido muy lejos. La crisis no era consecuencia de la intromisión estatal, sino de la crisis paralela de una economía campesina que había gozado de cierta capacidad para definir su estructura social de acumulación (como vimos en el capítulo 3) pero ahora se veía desbordada por el hundimiento de su base exportadora tradicional y la fuerza de atracción de los cercanos polos de crecimiento de la industrialización.

La construcción de embalses, por su parte, mostró la cara más amarga de la dependencia política y la neutralización de las comunidades locales. En el plano demográfico, generó además un cierto grado de despoblación forzosa, al implicar la desaparición de pueblos enteros bajo las aguas e interferir en la organización territorial de la actividad agropecuaria. Análisis locales han mostrado el impacto de la construcción de embalses sobre los resultados demográficos de pueblos y valles de montaña.²² Pero la despoblación forzosa representó, a escala comarcal comparada, una parte muy pequeña de la crisis demográfica. El Pirineo fue la cordillera más afectada por la construcción de embalses, en particular durante el crítico periodo 1950-70, y sin embargo registró los mejores resultados demográficos. En la montaña Sur o la mayor parte de la montaña Interior, en cambio, se construyeron pocos embalses pero, aun sin ese componente de despoblación forzosa, la crisis demográfica

22. El más exhaustivo de estos análisis es el de Herranz (1995) sobre el Pirineo aragonés.

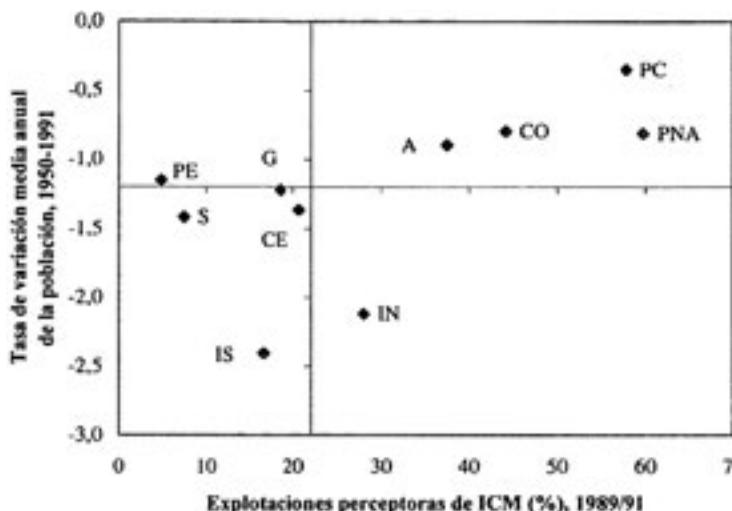
fue aguda. La escasa diversificación económica, los bajos niveles de renta y la penalización rural sobre el bienestar pesaron mucho más que las decisiones políticas concretas, incluso en casos en que estas tuvieron un efecto demográfico inmediato.²³

Tampoco la cara más amable de la dependencia política ha tenido una influencia decisiva sobre la trayectoria demográfica de la montaña. La reciente desaceleración de la despoblación no ha sido consecuencia de la política de montaña: el ciclo económico y el agotamiento de la reserva demográfica (como efecto diferido de la intensidad previamente alcanzada por la corriente migratoria) han pesado mucho más. Dada su pequeña cuantía, la Indemnización Compensatoria de Montaña ha funcionado más como una compensación *ex post* por el mantenimiento de la explotación agraria que como un incentivo *ex ante* para tomar la decisión de mantener la explotación.²⁴ Pero, además, la ICM no se canalizó hacia las zonas de montaña más necesitadas de la misma, ya que el umbral de dimensión establecido para su percepción dejó fuera a numerosas explotaciones de la montaña Sur o el área galaico-castellana, justo las zonas donde más lentamente se desagrariaba la estructura productiva y donde más reducido era en consecuencia el nivel de renta. Mientras tanto, la mayor parte de las explotaciones pirenaicas, convenientemente redimensionadas en razón de la diversificación sectorial y el abandono agrario, sí percibían la ICM. De este modo, la ICM ha terminado canalizándose en mayor medida hacia las comarcas con menores problemas de despoblación (gráfico 7), reforzando las tendencias preexistentes.²⁵

23. Esta conclusión apunta en una línea similar a la adoptada, en otro campo paralelo, por el Grupo de Estudios de Historia Rural (2003: 335), que resta peso a la intervención del Patrimonio Forestal del Estado como causa del fracaso de las economías de montaña.

24. Los propios perceptores así lo consideran, como muestran Sumpsi y otros (2003: 159, 234); véase también *Libro Blanco* (2003: 640).

25. La correlación de rangos (a nivel N=10, por agregados comarciales) entre porcentaje de explotaciones perceptoras de ICM en 1989 y variación demográfica durante las cuatro décadas precedentes es de 0,67.

GRÁFICO 5.7. INDEMNIZACIÓN COMPENSATORIA DE MONTAÑA
Y TRAYECTORIAS DEMOGRÁFICAS

En cualquiera de los casos, la desagrarización (aunque haya sido por defecto) ha provocado que la ICM afecte a una proporción cada vez más reducida de la población de montaña. La Iniciativa LEADER II sí podía afectar al conjunto de la población y tuvo efectos positivos de cara al impulso de algunas actividades económicas y a la formación de redes locales de desarrollo rural. Esto último fue muy importante para las comunidades de montaña socialmente desarticuladas por la despoblación, y de hecho fueron este tipo de zonas las que con mayor grado de generalidad participaron en la Iniciativa.²⁶ En la montaña Interior, por ejemplo, cuatro de cada cinco comarcas tuvieron su grupo de acción

26. Si elaboramos un ranking Borda con el porcentaje de comarcas involucradas en LEADER II y el presupuesto por habitante ($N=10$) y lo cruzamos con la variación demográfica durante las cuatro décadas anteriores (1950-1991), la correlación de rangos es de -0,84.

local en el marco de LEADER II (1994-99). No conviene desmerecer los logros de la Iniciativa, pero tampoco sobreestimar su capacidad para alterar de manera significativa las trayectorias comarcales. Durante la década de 1990, el Sistema Ibérico y el área galaico-castellana han seguido siendo, como en la década anterior, las zonas más regresivas en términos poblacionales, a pesar de que ahora, a diferencia de la década anterior, contaban con numerosos grupos de acción local. Por su parte, el Pirineo catalán ha ganado población durante los años 1990 sin apenas participar en la Iniciativa. La diversificación económica, el bienestar rural y la residencialidad post-industrial, como ejes de posicionamiento de la montaña en el funcionamiento fisiológico del sistema, han pesado mucho más que LEADER II, como intento de introducir una anomalía «positiva» en dicho funcionamiento.

En este esquema, tan solo la penalización rural del bienestar era un elemento claramente alterable por la acción política. Hasta cierto punto, podría argumentarse que la perifericidad política de la montaña condujo a perjuicios por omisión en la provisión de servicios públicos e infraestructuras. En el epílogo, de hecho, sostengo que la política rural del futuro debería abandonar su sesgo productivista y centrarse en mejorar la calidad de vida a través de una oferta lo más completa posible de los equipamientos, infraestructuras y servicios que van incorporándose al siempre creciente estándar de bienestar. Pero la omisión se limitó, en todo caso, a reforzar (o, mejor dicho, a no contrarrestar) una tendencia hacia la despoblación que se originaba en el escaso grado de diversificación de la economía de montaña, los bajos niveles de renta y las dificultades de sus habitantes para acceder a equipamientos y servicios de mercado. Una tendencia imbricada, pues, en la fisiología del sistema.

5. DE VUELTA A LOS CASOS: UNA RECAPITULACIÓN

A modo de conclusión del análisis histórico, y antes de efectuar algunas sugerencias en el plano aplicado, presento a continuación una breve recapitulación de la historia económica y demográfica de las cuatro grandes áreas de montaña que he venido distinguiendo.²⁷

5.1. LA MONTAÑA NORTE: DINAMISMO CAMPESINO, DIVERSIFICACIÓN Y CRISIS

Las condiciones ecológicas de la montaña Norte favorecían la orientación ganadera de su economía campesina. Se trataba de una pequeña economía compuesta por numerosas explotaciones familiares que apenas empleaban trabajo asalariado. Las explotaciones eran pequeñas, pero contaban con el apoyo de unas superficies públicas que, en la medida en que resultaban funcionales para el tejido socioeconómico local, fueron escasamente privatizadas. El papel estratégico de los montes públicos obligaba, sin embargo, a mantener importantes restricciones sociales en el acceso al matrimonio para evitar la proliferación de usufructuarios. Se formaron así familias relativamente grandes cuya reserva de mano de obra era utilizada de manera intensiva a lo largo del año. En los momentos de menor demanda laboral en la explotación, varios miembros de la familia desarrollaban actividades complementarias, algunas de las cuales podían llevarlos fuera de la montaña durante algunos meses; en algunas comarcas, se generalizó desde finales del siglo XIX la emigración temporal (plurianual en muchos casos a América). Estas migraciones

27. Nota del autor, 2025: las páginas de síntesis que siguen a continuación se apoyan en numerosos datos estadísticos que se ofrecían en los capítulos anteriores del libro.

temporales desempeñaron un papel importante en la búsqueda del equilibrio económico por parte de muchas familias campesinas.

La montaña Norte no comenzó a despoblarse hasta la década de 1950. Durante la larga fase 1850-1950, su economía campesina aprovechó los efectos de difusión que, vía demanda de productos ganaderos, emanaban desde el medio urbano. Dado el elevado nivel de humedad y las buenas comunicaciones (derivadas, a su vez, de una posición estratégica de cara a la articulación geográfica del mercado nacional), las explotaciones profundizaron su especialización ganadera y, en concreto, apostaron cada vez en mayor medida por el ganado bovino, para cuya cría contaban con una importante ventaja natural. Los resultados de la economía campesina no fueron tan expansivos en las comarcas peor comunicadas o dota-das de inferiores índices de humedad (y que, en consecuencia, estaban más orientadas hacia la ganadería ovina), pero la imagen general es la de una región de montaña cuya base exportadora no se derrumbó. Ello contribuyó a que el nivel de vida de estos campesinos fuera el más elevado de toda la montaña española. Factores geográficos hacían posible una tasa de mortalidad relativamente baja y, sobre todo conforme se avanzaba hacia las comarcas orientales, los niveles alimenticios, el tamaño de las explotaciones o el progreso de la alfabetización revelaban una prosperidad cam-pesina que, además, se distribuía sin desequilibrios sociales extremos.

Aun con todo, la atracción ejercida por la industrialización vasca y la aventura americana se dejó sentir en varias comarcas. La solidez de la economía campesina obstaculizaba el desencadenamiento de una crisis demográfica precoz, pero lo que verdaderamente permitió expan-siones poblacionales de cierta magnitud fue la emergencia de algunos focos mineros e industriales dentro de la cordillera. Mieres (Asturias), las montañas de Luna y Riaño y el Bierzo (León) y Aguilar y Guardo (Palencia) fueron los mejores ejemplos. Las nuevas empresas revestían caracteres bien diferentes a los de las explotaciones familiares campesi-nas y, entre otros efectos, expandieron la demanda de trabajo asalariado

en las comarcas afectadas y, por esa vía, relajaron las restricciones a la formación de nuevas familias e hicieron posible un destacado crecimiento demográfico. En Mieres, donde minería del carbón y siderurgia habían ido encadenadas, la población se multiplicó por 2,5 entre 1860 y 1950.

Sin embargo, muchas otras comarcas quedaron fuera de estas transformaciones y mantuvieron su carácter plenamente campesino hasta bien entrado el siglo XX. Durante la segunda mitad del siglo, la despoblación sería particularmente intensa en ese tipo de comarca, con frecuencia encuadrada en el área galaico-castellana. En esta área, no solo era menor el nivel de bienestar proporcionado por la economía campesina, sino que tampoco se registraba un proceso de diversificación sectorial apreciable. Además, varias de las comarcas se encontraban fuera de la red ferroviaria y contaban tan solo con algunas carreteras de muy mala calidad, problema que cobró especial trascendencia a la luz de la penalización rural que sobrevendría en casi todos los aspectos. La población respondió al deterioro de su bienestar relativo con salidas migratorias masivas. Ello abrió el camino a engañosos cambios estructurales «por defecto» y a un envejecimiento que, vía saldos vegetativos negativos, constituye hoy un importante escollo demográfico.

En el otro extremo, la comarca alavesa Cantábrica vivió transformaciones espectaculares. Beneficiándose de un proceso de difusión espacial de la industrialización, la comarca experimentó un crecimiento demográfico extraordinario (sobre todo hasta los años 1980), acompañado de una auténtica urbanización del espacio rural. Ninguna otra comarca de la montaña Norte pudo sortear la despoblación durante la segunda mitad del siglo XX, pero sí es cierto que las comarcas con tradición minera e industrial registraron un declive poco acentuado. Ahora bien, el tejido económico de estas últimas viene debilitándose en las últimas décadas como consecuencia de las dinámicas sectoriales globales. Así, el problema que se ha planteado, y que aún hoy sigue vigente, ha sido la reconversión desde lo que había sido una economía con un

importante componente minero-industrial hacia otra más vinculada a las funcionalidades post-industriales del medio rural, con el turismo y la residencialidad como principales exponentes. En la medida en que esta reconversión ha sido bastante tibia (a lo cual no es ajeno el declive económico de la mayor parte de las provincias de pertenencia de estas comarcas), la montaña Norte, que llegó a aunar prosperidad campesina y sectores pautadores de los dos primeros ciclos tecnológicos de la industrialización, ha tenido dificultades para desacelerar su despoblación y ha sido en la década de 1990 la zona de montaña más regresiva del país.

5.2. EL PIRINEO: LAS VENTAJAS DE LA PROXIMIDAD A LOS POLOS DE CRECIMIENTO

Si la industrialización provocó una tensión continua entre efectos de polarización y efectos de difusión, ninguna zona de montaña lo supo antes que el Pirineo, flanqueado por los dos grandes focos motrices (el catalán y el vasco). En la esfera demográfica, la capacidad de atracción de dichos focos se tradujo en pérdidas poblacionales ya durante la segunda mitad del siglo XIX. Las salidas migratorias se vieron favorecidas, además, por los problemas productivos de la economía campesina. Esta era, como la de la montaña Norte, una economía de orientación ganadera, pero, a diferencia de la montaña Norte, su especialización bovina estaba poco avanzada y era la especie ovina la que ocupaba el centro de la base exportadora original. Se trataba de una ganadería ovina extensiva que a menudo buscaba pastos invernales en las tierras bajas y, por ello, favorecía la movilidad temporal de los campesinos pirenaicos dentro de la macroárea geográfica más dinámica de España. Esta cultura de la movilidad pudo también contribuir a aumentar la propensión migratoria de los campesinos cuando, a lo largo del siglo XIX, la ganadería ovina entró en crisis como consecuencia de cambios desfavorables por el lado de la oferta y por el lado de la demanda.

Esta crisis puso a la economía campesina en la tesitura de redefinir su posición dentro de la división del trabajo. La tarea no podía acometerse de manera automática y muchas familias campesinas encontraron más atractiva la emigración hacia los cercanos focos de industrialización. Se produjo durante la segunda mitad del siglo XIX un retroceso demográfico sin parangón en el resto de la montaña española. De manera paulatina, el sector ganadero fue reconvirtiéndose: la especie bovina ganó más protagonismo, el ovino se orientó ahora hacia la producción cárnica y la expansión de la agricultura española favoreció la recría de ganado equino. No fue una transformación espectacular: en comparación con la montaña Norte, por ejemplo, la precariedad de los medios de transporte obstaculizó una reconversión más decidida hacia la ganadería bovina (el subsector pautador en aquellos momentos). Pero, en cualquier caso, las explotaciones pirenaicas fueron encontrando nuevas alternativas productivas.

Y, además, varias comarcas estaban beneficiándose por otros cauces de su pertenencia a regiones económicas dotadas de gran dinamismo y capacidad propagadora. La minería del carbón no siempre devolvió a los inversores los beneficios que esperaban, pero, por otro lado, el fracaso en dotar a la industria catalana de un modelo energético al estilo inglés (basado en el carbón) desactivó también los corolarios locacionales de tal modelo. Con la energía hidráulica como principal soporte, el extremo catalán de la cordillera registró la implantación de colonias textiles ya desde el último tercio del siglo XIX. Si bien con mayor lentitud, también el extremo navarro iba construyendo un tejido manufacturero de cierta significatividad, en este caso más orientado hacia la producción de bienes de inversión.

Estas tendencias comarcales hacia la diversificación no siempre tuvieron un efecto demográfico inmediato, dado que la mayor parte de la población seguía vinculada a una economía campesina cuya inserción en la división del trabajo se enfrentaba a desafíos considerables. Sin

embargo, ya durante la primera mitad del siglo XX la despoblación se detuvo, conforme se consolidaban elementos minero-industriales y las explotaciones campesinas encontraban sus nuevas alternativas. El Pirineo llegó a 1950 con una población que era inferior a la de 1860 en un 13 %, pero, a cambio, sus campesinos mantenían niveles de vida muy aceptables para el estándar de montaña y su economía era la más diversificada. En el Pirineo catalán, de hecho, casi la mitad de la población ocupada estaba ya fuera del sector agrario. Durante la fase 1850-1950, el emplazamiento geográfico de la cordillera hizo que los efectos de polarización y difusión generaran una dinámica de transformación que rápidamente pusieron en apuros a la economía campesina tradicional y desató la despoblación, pero también legó al decisivo periodo posterior numerosos elementos diversificados. El Pirineo fracasó menos de lo que indican sus resultados demográficos: en parte, estaba limitándose a recorrer con mayor rapidez la senda por la que otras zonas de montaña acabarían transitando igualmente y de manera más traumática.

Esta rápida quema de etapas permitió al Pirineo llegar a 1950 con una economía relativamente diversificada (si bien aún campesina en la mayor parte de comarcas) y con una parte de su ajuste demográfico ya realizado. Durante la segunda mitad del siglo XX, la posición económica del Pirineo se vio, además reforzada: a la solidez del tejido industrial (sobre todo hasta las últimas dos o tres décadas) vino a unirse el desarrollo del sector turístico. La posición geográfica y las condiciones naturales de la cordillera (que es la zona de montaña española con mayor altitud y mayores pendientes) facilitaron la afluencia de cuantiosas inversiones turísticas, siendo particularmente importantes las realizadas en el campo de los deportes de nieve. Paralelamente, la expansión del empleo en los sectores secundario y terciario incentivaba el abandono masivo de las explotaciones agrarias, y ello generaba efectos positivos sobre el sector: las explotaciones restantes podían aumentar sus tamaños económico y superficial, así como su



nivel tecnológico. La mejora de las comunicaciones, sobre todo con la construcción de carreteras, permitió asimismo la reconversión definitiva del sector ganadero, no solo desde la perspectiva del bovino sino también desde la del incipiente porcino (nueva especie pautadora en la ganadería española de las últimas décadas).

Como resultado de esta dinámica virtuosa, el Pirineo era, en el crítico periodo 1950-70, la economía de montaña con los mayores niveles de renta. A lo largo de las tres últimas décadas, además, el sector turístico ha continuado creciendo, hasta el punto de convertirse en su elemento más dinámico. El carácter genuino de la diversificación ha permitido al habitante pirenaico medio disfrutar de una renta per cápita que hoy día supera con claridad la media nacional y la media de diez de las diecisiete Comunidades Autónomas del país. Por añadidura, la penalización rural era menos acentuada que en otras zonas: los equipamientos básicos se difundieron con rapidez por los hogares, mientras los servicios de mercado estaban más presentes que en otras zonas y la red de carreteras ejercía un cierto efecto compensador (también en comparación con otras zonas de montaña) sobre los inconvenientes interpuestos por la dispersión espacial de la población.

Todo lo cual ha generado una trayectoria demográfica poco declinante que recientemente se ha visto reforzada por la generalización de pautas residenciales post-industriales. En la última década, de hecho, el saldo migratorio se ha vuelto positivo y numerosas comarcas han vuelto a ganar población a pesar del signo negativo del saldo vegetativo. A lo largo de este siglo y medio, la economía pirenaica ha pasado de ser una economía campesina basada en la familia a otra más diversificada desde el punto de vista sectorial y en la que el mercado laboral desempeña un papel central como asignador de recursos laborales. Esta capacidad de transformación (e integración en el sistema económico) ha sido, junto con el ajuste poblacional ya realizado con anterioridad, la clave de los buenos resultados demográficos de la segunda mitad del siglo xx. Deci-

siones políticas específicas, como la construcción de embalses, no podían alterar esta dinámica fisiológica.

Lo cual no quiere decir que el modelo pirenaico esté exento de sombras. La población puede no haber descendido mucho, pero sí ha tendido a concentrarse en los fondos de valle y las cabeceras comarcales, abandonando los pueblos más pequeños y menos atractivos en todos los sentidos. De este modo, el equilibrio entre ruralidad y urbanización se tambalea en varios puntos de la cordillera y algunos de los problemas ecológicos asociados a la despoblación no están ausentes en otros. Ello plantea nuevos desafíos a la acción institucional, no siempre similares a los que deben afrontarse en otras áreas de montaña del país.

5.3. LA MONTAÑA INTERIOR: LA CRISIS RURAL EN SU VERSIÓN MÁS EXTREMA

Ninguna crisis demográfica ha sido tan grave como la de la montaña Interior. Casi todo el Sistema Ibérico estaba familiarizado con la despoblación ya antes de 1950 y ello se debía, en primer lugar, a la debilidad de su inserción en la renovada división del trabajo. En la parte central del siglo XIX, dos de las actividades vertebradoras durante el periodo preindustrial, la trashumancia ovina y la manufactura textil, se encontraban en franco declive. El Sistema Ibérico sufrió los efectos de polarización asociados a la industrialización, pero en contrapartida no se benefició de grandes efectos de difusión. El modelo de la montaña Norte o parte del Pirineo estaba fuera de alcance por motivos geográficos. Dados los bajos índices de humedad, una reconversión de la cabaña hacia el bovino resultaba inviable. La posibilidad de una especialización agrícola tampoco estaba abierta, salvo para un pequeño número de casos excepcionales. Los problemas de los campesinos del Sistema Ibérico para afianzarse en la división del trabajo impidieron una especialización más decidida de las explotaciones. La economía agraria mantuvo, de este modo, un carác-

ter mixto, más orientado hacia el polo ganadero pero con la agricultura desempeñando un papel (en ocasiones para el autoconsumo o el intercambio local) más importante que en la montaña Norte o el Pirineo.

La mediocridad de la vida campesina, que en términos relativos aumentaba conforme se desarrollaba (por pausado que fuera su ritmo) la economía española, se veía perpetuada por la ausencia de grandes novedades productivas en los sectores no agrarios. Un modesto tejido de pequeñas empresas transformadoras sustituyó a lo que en algunos casos habían sido distritos manufactureros importantes, al menos para el canon preindustrial. Tan solo en la comarca soriana de Pinares se desarrolló, en el sector maderero, una industria con potencia pautadora para el conjunto de la economía. En realidad, la pobre historia industrial de las comarcas del Sistema Ibérico no dejaba de formar parte de la no menos pobre historia de las provincias en que estas se encontraban enclavadas, casi todas ellas provincias interiores con muy baja densidad demográfica y económica. Los incentivos para la despoblación quedaban completados con la proximidad de algunos focos con gran capacidad de atracción y, sobre todo en las comarcas septentrionales de la cordillera, con el rápido progreso de la alfabetización (en parte, un efecto diferido de la inserción mercantil preindustrial). Tan solo el ritmo calmado del desarrollo económico general impedía que las salidas migratorias se aceleraran definitivamente.

La evolución demográfica del Sistema Central fue menos problemática (de hecho, fue ligeramente expansiva) durante la fase 1850-1950. Algunas de sus comarcas sí lograron consolidar una cierta base exportadora agraria, bien agrícola (como en las comarcas del extremo occidental de la cadena) bien ganadera. De hecho, la cercanía de Madrid impulsó un mayor grado de especialización en algunas de las comarcas mejor comunicadas. Además, hay que tener en cuenta que ni la trashumancia ovina ni la manufactura dispersa habían alcanzado en la mayor parte del Sistema Central un carácter vertebrador tan acentuado, por lo que

su crisis no resultó tan devastadora. Aun con todo, y al igual que en el Sistema Ibérico, los campesinos estaban lejos de los niveles de vida de la montaña húmeda y la economía no tendía a diversificarse de manera significativa.

Las carencias de la montaña Interior se hicieron especialmente patentes durante la segunda mitad del siglo XX. El deterioro relativo del bienestar de sus habitantes se agudizó, no solo porque la ausencia de oportunidades fuera de la agricultura deprimiera los niveles de renta, sino también porque las bajas densidades demográficas (un rasgo estructural previo a la despoblación y ampliamente determinado por factores geográficos) y la precariedad de las comunicaciones acentuaban la penalización impuesta por el hábitat rural sobre el acceso a servicios básicos. La despoblación y la consiguiente desertización del espacio fueron extremas. A lo largo de las últimas décadas, el desarrollo del sector turístico ha carecido de la fuerza necesaria para mermar la perifericidad de la montaña Interior. Además, el modelo pirenaico de recuperación demográfica basada en la residencialidad post-industrial y la generación de saldos migratorios positivos tan solo ha podido ser seguido en la comarca madrileña de Lozoya-Somosierra y, en menor medida, por la vecina comarca de Segovia. Los espectaculares resultados obtenidos por ambas han bastado, sin embargo, para elevar la población actual del Sistema Central por encima de su nivel de 1991. Y, sobre todo, han demostrado que las posibilidades de recuperación pasaban mucho más por una afortunada inserción en la dinámica general del sistema que por la acción de medidas políticas concretas, como en el sentido contrario ha podido comprobar la gran mayoría de comarcas del Sistema Ibérico que participó en la Iniciativa LEADER. Pero tan inserción es precisamente uno de los problemas históricos de la montaña Interior.

5.4 LA MONTAÑA SUR: DRAMAS RURALES SUPERPUESTOS

Si consideramos todo el periodo 1860-2000, la montaña Sur ha sido la zona con menores pérdidas demográficas. Buena parte de ese aparente éxito se fraguó en la fase previa a 1950, durante la cual la población aumentó en casi un 50 %. Esta trayectoria, la más expansiva (con mucho) de la montaña española, se dio sin embargo en el marco de una economía campesina precaria, en la que la mortalidad era elevada, los niveles de consumo alimenticio eran muy bajos, el analfabetismo era masivo y los beneficios derivados de la inserción en la división del trabajo se canalizaban de manera menos generalizada entre la población que en otras áreas montañosas. Las insuficiencias de esta economía campesina se prolongaron hasta bien entrado el siglo XX, ya que tampoco surgieron oportunidades económicas destacadas fuera del sector agrario. ¿Cómo, entonces, pudo ser posible un crecimiento demográfico como el registrado entre 1860 y 1950? La respuesta tiene que ver con la fortaleza de la base exportadora y los obstáculos que bloquearon la gestación de una mayor sensibilidad migratoria ante la precariedad.

El bajo grado de humedad de la montaña Sur dificultaba el mantenimiento de densidades ganaderas elevadas e incentivaba, junto con el resto de condicionantes ecológicos, la orientación agrícola de las explotaciones. La trilogía mediterránea (cereal, olivar y viñedo) se encontraba originalmente más extendida que en las otras zonas de montaña, y el contexto mercantil del periodo 1850-1950 hizo posible una expansión aún mayor. La consolidación de la opción agrícola de especialización quedó reflejada en el correspondiente cambio en los usos del suelo y, en algunos casos, también en los derechos de propiedad. La privatización de los montes públicos no llegó tan lejos como en las tierras bajas circundantes (cuya base exportadora agrícola también encontraba nuevas posibilidades de expansión en el marco de la industrialización), pero sí más allá de lo común en montaña. Las potencialidades agrícolas de algunos

de los montes crearon presiones internas para su privatización (la cual perjudicó a algunos de los segmentos más desfavorecidos de la población). El crecimiento agrícola vivido por la montaña Sur durante esta fase hizo posible un aumento paralelo del número de familias (aumento que, precisamente, era más factible que en otras zonas debido a la menor presencia de superficies comunales) y, por esa vía, de la población total. Había salidas migratorias permanentes, pero apenas alcanzaban el 50-60 % del crecimiento vegetativo.

La secuencia fue paradigmática en las sierras subbéticas, donde el cultivo cereal y un olivar en continua expansión por las laderas conformaron una base exportadora sólida, alejando a la zona de los problemas que la crisis de la trashumancia había causado en el Sistema Ibérico o el Pirineo. En las sierras penibéticas, las dificultades fueron mayores. Aprovechando una dotación natural muy peculiar, que permitía el acceso a zonas agroclimáticas muy diversas en un corto radio geográfico, los campesinos penibéticos desarrollaron una actividad agrícola más diversa y, para el estándar de montaña, exótica. Sin embargo, algunos de estos cultivos, como por ejemplo el viñedo, atravesaron coyunturas inestables por motivos biológicos y mercantiles, y revelaron a los campesinos las ventajas y los riesgos de su inserción en la división del trabajo. Como consecuencia de estas inestabilidades, las sierras penibéticas alcanzaron su máximo poblacional en una fecha tan temprana como 1887, y en 1950 tenían un tamaño demográfico similar al de 1860. Pero debemos considerar que sus campesinos tuvieron que atravesar crisis en las que su precariedad cotidiana se veía agravada por dificultades coyunturales en su inserción mercantil, problemas de sobrecarga ecológica y un excesivo desequilibrio entre el número de productores y el número de consumidores dentro de las familias campesinas. Lo que sorprende, en realidad, es que no hubiera una tendencia clara hacia la despoblación.

El alejamiento físico de los principales focos de la industrialización y la persistencia del analfabetismo contribuyeron a disminuir la propen-

sión migratoria de los campesinos de la montaña Sur. Además, el hecho de que sus rutas de migración temporal estuvieran poco vinculadas a las regiones punteras del país (en parte, de nuevo, debido a la posición geográfica) pudo reforzar este efecto. Como la inserción en la división del trabajo se vio consolidada o, en el peor de los casos, no se derrumbó de manera estructural, la economía campesina de la montaña Sur, ajena a la fuerza polarizadora que estaba despoblando varias de las comarcas montañosas del cuadrante nororiental de la Península, se reprodujo a escala ampliada en términos demográficos.

Pero la montaña Sur no solo estaba quedándose fuera de la polarización demográfica, sino también de la difusión productiva en los sectores no agrarios. Así, a la altura de 1950, su grado de diversificación sectorial era mínimo. Durante la segunda mitad del siglo XX, la distancia y el nivel educativo han seguido actuando como filtros y han impedido una despoblación extrema como la de la montaña Interior, que es lo que tendría que haberse producido si tenemos en cuenta la enorme brecha de bienestar existente. Los niveles de renta y consumo eran bajísimos y, a pesar de que las densidades demográficas no eran tan bajas como en otras partes de la montaña española, la penalización rural era muy considerable. En cuanto las oportunidades de promoción social fuera de la montaña se multiplicaron, como ocurrió entre 1950 y 1975, las salidas migratorias se aceleraron, llegando probablemente a los niveles de la montaña Interior.

Ahora bien, la expansión del periodo previo había generado una estructura por edades que oponía a esa tendencia mayores saldos vegetativos que en la montaña Interior. A lo largo de las tres últimas décadas, además, las salidas migratorias y la despoblación se han ralentizado, otorgando un cierto carácter inconcluso al declive. Así, la reserva demográfica no se ha vaciado en la medida en que lo ha hecho en la mayor parte de zonas: los niveles de envejecimiento han estado entre los más bajos de la montaña española y el crecimiento vegetativo solo se ha vuelto nega-

tivo a partir de la década de 1990. Y esto se ha conseguido sin que tampoco el turismo o la residencialidad post-industrial hayan terminado de cuajar, como ya ocurriera previamente con la industria. Los niveles de renta se mantienen por debajo del 75 % de la media nacional, como quizá no podía ser de otro modo teniendo en cuenta el ambiente macroeconómico regional, y la desagrariación «por defecto» ha contribuido en gran medida al cambio estructural. Como la despoblación no ha vaciado plenamente la reserva demográfica, la desagrariación ha sido menos profunda que en otras partes y el sector agrario aún representa el 25 % del empleo total.

Por todo ello, la montaña Sur da la impresión de haber recorrido con particular lentitud la senda común. Menos expuesta que otras zonas a las tensiones (polarizadoras y difusoras) de la industrialización, su economía se ha transformado siempre de manera lenta, y su declive demográfico ha sido tardío y no ha guardado proporcionalidad con la magnitud de los déficits de bienestar secularmente soportados por la población. ¿Dónde está, pues, el drama rural? ¿En la despoblación, consecuencia del escaso bienestar, o en la persistencia de los bajos niveles de vida, consecuencia parcial (al menos en perspectiva comparada) de la tibieza del ajuste demográfico? ¿En la eliminación de la vida rural tradicional, consecuencia del desarrollo económico, o en su persistencia parcial, consecuencia de la debilidad (también parcial) del mismo? Las políticas de desarrollo rural deberían abandonar las metáforas que sugieren la necesidad de restablecer situaciones pasadas (y que, por cierto, instalan una tozuda «fracasomanía» hirschmaniana en el ambiente).²⁸ En mi opinión, el objetivo no es recomponer, sino (contribuir a) crear algo nuevo. Las economías de montaña ya se encuentran bastante desagrariadas, y los estándares aceptables de bienestar también han

28. Sobre la «fracasomanía» y la «propensión a ver tinieblas y fracasos por todas partes», Hirschman (1968; 1970b); véase también Hirschman (1992: 241-242).

cambiado mucho. El objetivo puede ser, más bien, construir en esas condiciones una sociedad rural viable. El epílogo del libro reflexiona sobre este tema.

REFERENCIAS

- Baines, D. (2003): «Internal migration», en J. Mokyr (ed.), *The Oxford encyclopedia of economic history*, Nueva York, Oxford University Press, vol. 3, pp. 116-119.
- Bell, D. (1973): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid, Alianza, 1989.
- Bowles, S., Edwards, R. (1985): *Introducción a la economía: competencia, autoritarismo y cambio en las economías capitalistas*. Madrid, Alianza, 1990.
- Camarero, L. A. (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Carmona, J., Simpson, J. (2003): *El laberinto de la agricultura española. Instituciones, contratos y organización entre 1850 y 1936*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Carreras, A., Tafunell, X. (2004): *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Crítica.
- Cipolla, C. M. (1969): *Educación y desarrollo en Occidente*. Barcelona, Ariel, 1983.
- Comas, D. (1995): «Familias, sistemas de herencia y estratificación social. Estrategias hereditarias y despoblación», en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, pp. 141-152.
- Cuesta, J. M. (2001): *La despoblación del Sobrarbe. ¿Crisis demográfica o regulación?* Zaragoza, CEDDAR.
- Domínguez, R. (2002): *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*. Madrid, Alianza.
- Erdozain, P., Mikelarena, F. (1996): «Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX», *Noticiario de Historia Agraria*, 12, pp. 91-118.
- Fontana, J., Nadal, J. (1976): «España, 1914-1970», en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa, 6: Economías contemporáneas. Segunda parte*, Barcelona, Ariel, 1980, pp. 95-163.

- Gallego, D. (2001): «Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936)», en J. Pujol, M. González de Molina, L. Fernández Prieto, D. Gallego y R. Garrabou, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, pp. 147-214.
- García Bartolomé, J. M. (1997): «La juventud rural española: entre la inercia y el cambio», en C. Gómez Benito y J. J. González (eds.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas / Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 735-770.
- García Sanz, Á. (1985): «Crisis de la agricultura tradicional y revolución liberal (1800-1850)», en Á. García Sanz y R. Garrabou (eds.), *Historia agraria de la España contemporánea, 1: Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*, Barcelona, Crítica, pp. 7-99.
- García Sanz, B. (1997): *La sociedad rural ante el siglo XXI*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (1999): «Algunos procesos sociodemográficos del mundo rural», en *Mujeres y sociedad rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 97-111.
- Gaviria, M. (1979): «La montaña como refugio», *Ciudad y Territorio*, 4, pp. 23-29.
- (1981): «El communalismo llamado arcaico y la recuperación por los montañeses de su soberanía sobre los recursos naturales y espaciales», en *Supervivencia de la montaña. Actas del Coloquio Hispano-Francés sobre las Áreas de Montaña*, Madrid, Ministerio de Agricultura, pp. 661-665.
- Grupo de Estudios de Historia Rural (1994): «Más allá de la ‘propiedad perfecta’. El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», *Historia Agraria*, 8, pp. 99-152.
- (2003): «Bosques y crisis de la agricultura tradicional. Producción y gestión de los montes españoles durante el franquismo (1946-1979)», en J. A. Sebastián y R. Uriarte (eds.), Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 293-367.
- Herranz, A. (1995): «La construcción de pantanos y su impacto sobre la economía y población del Pirineo aragonés», en J. L. Acín y V. Pinilla (coords.), *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, pp. 79-101.
- (2002): «Infraestructuras y desarrollo económico en el Pirineo central (1850-2000)», *Ager*, 2, pp. 197-226.

- Hirschman, A. O. (1968): «La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina», en A. O. Hirschman, *Desarrollo y América Latina. Obstinación por la esperanza*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 88-123.
- (1970a): *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- (1970b): «La búsqueda de paradigmas como impedimento a la comprensión», en A. O. Hirschman, *Desarrollo y América Latina. Obstinación por la esperanza*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 324-341.
- (1992): «La industrialización y sus múltiples descontentos: el Oeste, el Este y el Sur», en A. O. Hirschman, *Tendencias autosubversivas. Ensayos*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, pp. 227-242.
- Kautsky, K. (1899): *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. Barcelona, Laia, 1974.
- Libro Blanco* (2003) de la *Agricultura y el Desarrollo Rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Long, J., Ferrie, J. P. (2003): «Labor mobility», en J. Mokyr (ed.), *The Oxford encyclopedia of economic history*, Nueva York, Oxford University Press, vol. 3, pp. 248-250.
- Marx, K. (1872): *El capital. Crítica de la economía política, I: El proceso de producción del capital*. Madrid, Siglo XXI, 1978.
- Mikelarena, F. (1993): «Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3 (2), pp. 213-240.
- Naredo, J. M. (1996): *La evolución de la agricultura en España (1940-1990)*. Granada, Universidad de Granada.
- Núñez, C. E. (1992): *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*. Madrid, Alianza.
- (2001): «Within the European periphery: education and labor mobility in twentieth-century Spain», comunicación presentada al *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza.
- Pérez Díaz, V. (1971): *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida rural en Castilla*. Barcelona, Ariel.

- Polanyi, K. (1944): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Pollard, S. (1981): *La conquista pacífica: la industrialización de Europa, 1760-1970*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.
- Prados de la Escosura, L. (1988): *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*. Madrid, Alianza.
- (2003): *El progreso económico de España (1850-2000)*. Madrid, Fundación BBVA.
- Reher, D. S. (1996): *La familia en España. Pasado y presente*. Madrid, Alianza.
- Ródenas, C. (1994): «Migraciones interregionales en España (1960-1989): cambios y barreras», *Revista de Economía Aplicada*, 4, pp. 5-36.
- Sampedro, R. (1999): «Las mujeres rurales ante el reto de la desagrarización», en *Mujeres y sociedad rural. Entre la inercia y la ruptura*, Madrid, Instituto de la Mujer, pp. 15-25.
- Sánchez Alonso, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Madrid, Alianza.
- Sandberg, L. (1982): «Ignorancia, pobreza y atraso económico en las primeras etapas de la industrialización europea: variaciones sobre el gran tema de Alexander Gerschenkron», en C. E. Núñez y G. Tortella (eds.), *La maldición divina. Ignorancia y atraso económico en perspectiva histórica*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 61-88.
- Santillana, I. (1981): «Los determinantes económicos de las migraciones internas en España, 1960-1973», *Cuadernos de Economía*, 25, pp. 381-407.
- Sarasúa, C. (2000): «El análisis histórico del trabajo agrario: cuestiones recientes», *Historia Agraria*, 22, pp. 79-96.
- Schumpeter, J. A. (1939): *Ciclos económicos: análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.
- (1946): *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid, Aguilar, 1971.
- Schwartz, A. (1973): «Interpreting the effect of distance on migration», *Journal of Political Economy*, 81 (5), pp. 1153-1169.
- Sevilla-Guzmán, E. (1979): *La evolución del campesinado en España*. Barcelona, Península.
- Silvestre, J. (2001): «Viajes de corta distancia: una visión espacial de las emigraciones interiores en España, 1877-1930», *Revista de Historia Económica*, 19 (2), pp. 247-286.

- (2004): «Internal migrations in Spain, 1877-1930», trabajo inédito.
- Simpson, J. (1997): *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Madrid, Alianza.
- Sombart, W. (1927): *El apogeo del capitalismo*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Sumpsi, J. M., Ambrosio, L., Langreo, A., Benito, I. (2003): *Estudio sobre evaluación y seguimiento de la medida de Indemnización Compensatoria en zonas desfavorecidas hasta el año 2001*. Trabajo inédito.
- Valls, M. (2004): «Analfabetismo en la Cataluña central. La comarca del Berguedà (1860-1930)», comunicación presentada al *VII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Granada.
- Veblen, T. (1898): «Why is economics not an evolutionary science?», reimpreso en *Cambridge Journal of Economics*, 22 (1998), pp. 403-414.
- Weber, M. (1923): *Historia económica general*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974.